Domingo 15 mayo 2022
El Evangelio del Domingo de Pascua 5-C

Jn 13,31-35

Todos conocerán que son mis discípulos en que tienen amor unos por otros

El Evangelio del domingo pasado concluía con una afirmación de Jesús de profundo contenido teológico: «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10,30). La primera frase del Evangelio de este Domingo V de Pascua se presenta como una ampliación de esa sentencia: «Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en Él».

Para entender esta afirmación, debemos ubicarla en su contexto. En la última cena con sus discípulos, después de lavarles los pies, Jesús pronuncia una frase inquietante: «En verdad, en verdad les digo que uno de ustedes me entregará» (Jn 13,21). Los discípulos sabían que «los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que, si alguno sabía dónde estaba (Jesús), lo indicara para detenerlo» (Jn 11,57). Pero no sospechaban que eso lo haría uno de ellos. Jesús, entonces, señaló a Judas como quien lo haría, por medio del gesto de mojar un bocado y darselo, y luego le dijo: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto». El evangelista sigue narrando: «Cuando tomó Judas el bocado, salió. Era de noche» (Jn 13,30). Este hecho marca el comienzo del desarrollo que llevará a Jesús hasta su muerte en la cruz y su resurrección al tercer día. Sólo Jesús sabe el objetivo de esa salida precipitada de Judas y, en una visión profética, ve la sucesión de los hechos que concluirán con su muerte en la cruz. «Era de noche», para que se cumpliera lo anunciado por Él: «Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado, mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar» (Jn 9,4). Con la salida de Judas, el destino de Jesús quedó decidido: Es «su hora de pasar de este mundo al Padre» (cf. Jn 13,1). Y, porque lo ve como ya ocurrido, dice: «Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre».

La gloria de Jesús consiste en cumplir la misión que el Padre le encomendó y, por tanto, se realizó cuando Jesús en la cruz exclamó: «Está cumplido; e inclinando la cabeza, entregó el Espíritu» (Jn 19,30). El evangelista había identificado la glorificación de Jesús con ese don del Espíritu: «Aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado aún» (Jn 7,39). Jesús, por tanto, ve ese momento de su glorificación, cuando Judas sale para entregarlo y dice: «Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre».

«Y Dios ha sido glorificado en Él». El Hijo del hombre ha sido glorificado y, en el mismo acto de su muerte en la cruz y entrega del Espíritu, «Dios ha sido glorificado». Ambos son glorificados en el mismo acto, porque el Hijo del hombre (Jesús) y Dios son uno y el mismo Dios. Jesús agrega: «Si Dios ha sido glorificado en Él, Dios lo glorificará también en sí mismo y lo glorificará en seguida». Hemos dicho que esa glorificación del Hijo del hombre y de Dios coincide con el don del Espíritu, «que procede del Padre y del Hijo y que recibe la misma adoración y gloria» (Credo), porque también Él es ese mismo y único Dios.

Sobre la base de estas expresiones de Jesús se formuló la primera doxología cristiana, que expande el misterio de Cristo a una trinidad de Personas: «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo». Se proclama la Unicidad de Dios –por eso, debe decirse «Gloria» una vez– y la trinidad de Personas divinas, porque esa gloria única corresponde por igual al Padre, al Hijo y el Espíritu Santo. (Algunos fieles, creyendo hacerlo mejor, dicen: «Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria el Espíritu Santo». Es un error, porque, de esa manera no queda expresada la unicidad de Dios).

En este contexto, teniendo a la vista su pasión y muerte, como hemos dicho, Jesús dice a sus discípulos: «Les doy un mandamiento nuevo: que ustedes se amen los unos a los otros. Que, como Yo los he amado, así se amen también ustedes los unos a los otros». El amor sobrenatural consiste en «procurar el bien del otro». Ese amor alcanza su grado máximo, cuando el bien procurado al otro es el Bien supremo, a saber, Dios y, cuando para procurarle ese Bien, es necesario negarse a sí mismo en el grado máximo, a saber, entregando la vida. ¡Así nos amó Jesús! Antes que Él, nadie pudo amarnos de esa manera, porque nadie pudo procurarnos la comunión con Dios y nadie fue crucificado para obtenerlo. Jesús nos manda amarnos unos a otros hasta ese extremo y, dado que ese extremo no tiene precedente, se trata de un «mandamiento nuevo». El mismo apóstol San Juan proclama en su carta esta novedad, antes desconocida: «En esto hemos conocido lo que es amor: en que Él (Jesús) dio su vida por nosotros». Y concluye en ese «mandamiento nuevo»: «También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1Jn 3,16). Por su parte, San Pablo, entre los miembros de Cristo, pone en primer lugar a los apóstoles, porque ellos tienen la misión de anunciar a los hombres la salvación, que es el Bien supremo, y lo hacen con la entrega de su vida: «Ustedes son el

Cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primero, los apóstoles; segundo, los profetas; tercero, los maestros…» (1Cor 12,27-28). ¡Los apóstoles cumplen el mandamiento nuevo! Por eso, el mandato apostólico –misionero–, que es otra expresión del mandamiento nuevo, compete a todos los discípulos de Cristo: «Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos…» (Mt 28,19); y por eso, Jesús agrega este aspecto como el rasgo distintivo de sus discípulos: «En esto conocerán todos que ustedes son mis discípulos; en que tienen amor de unos por otros». Nadie puede declararse «discípulo de Cristo», si no procura la salvación de los demás por medio del anuncio de Cristo, porque faltar en esto sería de falta de amor –desinterés por el Bien de ellos– y el signo distintivo de los discípulos de Cristo es el amor.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles